

ran ligados. Segun ellos esta era la manera de influir sobre el espíritu público, y de atraérsele ante la prueba de que los esfuerzos exigidos al pueblo francés no se enderezaban á locas conquistas, sino á la conservacion de las fronteras naturales de Francia. Mr. Rainouard con su imaginacion meridional proponia la forma siguiente.—«Señor, en la época de vuestra consagracion jurásteis mantener los límites naturales y necesarios de Francia, el Rhin, los Alpes y los Pirineos: os exigimos que seais fiel á vuestro juramento, y para ayudaros á cumplirlo os ofrecemos toda nuestra sangre. Pero mantenido vuestro juramento y aseguradas nuestras fronteras, ni Francia ni vos tendreis motivos de honor ni de grandeza que os liguen, y á la paz y á la humanidad lo podreis sacrificar todo.»—Este original sesgo, que equivalia á una intimacion de paz bajo la forma de una intimacion de guerra, agradó mucho á los presentes, mas por de pronto se retiraron para dar á la reflexion algun espacio de tiempo, y para buscar sin premura el mejor modo de dirigirse al Cuerpo legislativo, á Francia y á Europa.

Mr. de Hauterive, que bajo una exterioridad grave y hasta pedantesta, ocultaba una destreza extremada, se esforzó en ganar á todos, los individuos de la comision uno tras otro y en predisponerles á encerrarse en los límites de la mayor reserva. Pero cuando se recurre á la publicidad, menester es arrostrarla del todo y fiarse en el buen sentido nacional. Sin embargo, esto no se logra con seguridad plena sino despues de formado este buen sentido á fuerza de una larga participacion en los negocios públicos, y hay que convenir en

que hablarle por vez primera en circunstancias delicadas y peligrosas es dejar mucho á la aventura. Se concibe, pues, que no quisiera el gobierno decirlo todo en esta comision ni permitir que se dijera por sus individuos; pero en tal caso lo mejor fuera no reunirla. ¿Mas cómo imponer á la Francia tan enormes sacrificios sin dirigirle una palabra? No es guardando silencio como se puede exigir á una nacion ya agotado su póstrer escudo y su último hombre. Los que contraen el hábito de escatimar á un pais el conocimiento de sus negocios, se deberian consultar sobre si llegara un dia en que se necesite revelárselo todo, y si no será cabalmente aquel en que convendria no tener que hacer tantas revelaciones penosas.

Con especialidad se aplicó Mr. de Hauterive á persuadir á Mr. Lainé, que parecia en la comision el hombre de mas ascendiente, y le halló no realista, partidario secreto é impaciente de los Borbones, segun se pudiera inferir de la conducta posterior de este ilustre personage, y empeñado ya de consiguiente en desembarazarse del poder actual en provecho del poder futuro, sino hombre sincero y profundamente afectado de las desventuras de Francia, y de la arbitrariedad bajo la cual estaba condenada á arrastrar su existencia. Respecto de la política exterior hallóle Mr. de Hauterive dispuesto lo mismo que sus colegas á reclamar una declaracion explicita de los sacrificios que habia resolucion de hacer á la paz; siendo esta en su sentir la única manera de obtener el último esfuerzo de Francia, si es que aun asi podia hacerlo, pues tanta era la extenuacion de sus fuerzas. Aprovechando Mr. de Hauterive la ventaja

que ofrece siempre hablar mano á mano con un hombre de talento y de buena fé, procuró persuadir á Mr. Lainé de la imposibilidad de exponer el plan de una negociacion en la tribuna, y de que así no habia manera de declarar lo que se cederia ó no, se cederia manifiestamente, como que seria revelar su secreto á un enemigo que callaba el suyo, ó bien presentar un *ultimatum*, especie de intimacion que no se usaba mas que al fin de una negociacion, cuando urgia poner término á lentitudes calculadas, y asistia fuerza para mantener el lenguaje perentorio de que se hacia uso.

Ilustrado por estas observaciones prácticas prometió Mr. Lainé hacer entrar en razon á sus colegas sobre este punto, y cumplió su palabra. Con efecto, despues de muy vivos debates, renunció la comision á insistir en la enumeracion detallada de los sacrificios que se hacian á la paz, si bien puso el esmero en especificar bien que Francia se contendria irrevocablemente en sus fronteras naturales, sin aspirar á nada mas lejos, y que proclamado solemnemente este sacrificio, á Europa tocara explicarse definitivamente acerca de las bases de Francfort propuestas por ella, y aceptadas formalmente por Mr. de Caulaincourt en su carta de 2 de diciembre. Ya acordado este punto, se pasó á la política interior, y todas las pasiones estallaron con motivo de la arbitrariedad bajo que se gemia en el seno del imperio. Sobre esto cada cual podia alegar muy serios desmanes; impuestos exigidos sin ser antes votados, vejaciones horribles sobre la aplicacion de las leyes para la conscripcion, abuso insoportable de las adquisiciones en especie, arrestos ilegales, detenciones arbitrarias, etc....

Bajo todos estos aspectos eran los hechos tan numerosos como variados, y á la hora en que el gobierno pedia que se le hicieran sacrificios, oportuno era manifestarle que para el ciudadano patriota habia dos cosas igualmente sagradas, el territorio y las leyes; el territorio que es el espacio que el hombre ocupa en el mundo y que debe defender contra toda clase de invasores; las leyes, á cuyo abrigo vive, segun las cuales puede la autoridad pública hacerse sentir de su persona, si bien le asiste el derecho de reclamar su rigorosa observancia. El territorio y las leyes son los dos objetos sagrados del verdadero patriotismo. Todo ciudadano, al sacrificarse al uno, se funda en exigir el otro; todo ciudadano tiene derecho para decir á un gobierno que le reclama costosos sacrificios.—Yo no te ayudo á expulsar del territorio al enemigo para encontrarme la tiranía á la vuelta.—

Acerca de este punto no hubo divergencia de pareceres, y formóse el proyecto de una manifestacion moderada, si bien muy conceptuosa. Como desenlace de estas comunicaciones se debia presentar al Cuerpo legislativo un informe, en que se dijera todo lo que se habia averiguado y á continuacion del cual se propusiera un mensaje al emperador. Mr. Lainé fué encargado de este informe, y lo redactó con el espíritu que acaba de ser indicado. Allí asentó que en Francfort se habia hecho á Francia una abertura sobre la base de las fronteras naturales; que el 16 de noviembre se habia aceptado esta abertura por Francia, proponiendo un congreso en Manheim; que de resultas de una nueva interpelacion de Mr. de Metternich a causa de haberle parecido poco explicita la acep-

lacion de las fronteras naturales, Francia las habia aceptado á las claras el 2 de diciembre; y que por consiguiente habia que negociar sobre estas bases. Despues expuso que las potencias aliadas debian á Francia y se debian á sí propias la firmeza de lo que habian propuesto, y que tambien Francia debia sacrificar toda su sangre por mantener las condiciones establecidas de tal modo. Seguidamente añadió que para un país hay dos bienes supremos, la integridad del territorio y el mantenimiento de las leyes, y con este motivo hizo reseña de alguna de las acciones de las autoridades públicas de que habia razon para quejarse, en términos respetuosos para el emperador y con plena confianza en su justicia. Por lo demás, el lenguaje era sincero á la par que grave y reservado.

Para someter este proyecto de informe, pues no era más que un proyecto, al príncipe archicanciller y á Mr. de Hauterive se congregaron el 28 de diciembre.

Aun juzgando muy fundadas las observaciones de la comision, se alarmó el archicanciller del efecto que este informe podria producir en Europa y particularmente sobre Napoleón. A los ojos de Europa apareceria como un acto de hostilidad sorda, en circunstancias en que era indispensable la union de todos los poderes del Estado; á Napoleón le ofenderia de seguro, provocándole á alguna violencia sensible y mas todavia en esta coyuntura que en cualquiera otra. Quizá el prudente archicanciller tenia razon sobre estos dos puntos. ¿Mas por qué no haber otorgado á los representantes del país mas que este dia, este dia tan tardío para expresar verdades indispensables? Con todo, aun

teniendo razon de sobra para elevar quejas de la naturaleza mas grave, quizá fuera mejor aplazarlas. El archicanciller se esforzó por persuadirles en este sentido, y produjo alguna impresion en los presentes con su agradable y no lijera traza, bien cortada para exhortar á la prudencia. Se consintieron algunas alteraciones. Con especialidad Mr. de Hauterive obtuvo una muy importante, guardándose bien de explicar el motivo que tenia para solicitarla. Se habian insertado en el informe á la letra las dos cartas del 16 de noviembre y del 2 de diciembre, y temió que el público, mas avisado que la comision, acabara por descubrir la verdadera falta, la de la aceptacion sobrado tardía de las bases de Francfort. Por razon dió la inconveniencia de publicar los documentos de una negociacion apenas comenzada; y de consiguiente se suprimió la insercion de las dos cartas susodichas. Finalmente, el archicanciller obtuvo que todo lo concerniente á los agravios contra el gobierno interior se redujera á algunas frases excesivamente moderadas. Con efecto, despues de hablar de la declaracion que se debia hacer á las potencias, de las medidas que se habian de adoptar para la defensa, si la tal declaracion no era aceptada, añadía el informe.—«Segun nuestras instituciones al gobierno toca proponer los medios que considere »mas prontos y seguros para rechazar al enemigo »y asentar la paz sobre bases duraderas. Estos »medios serán eficaces, si los franceses se llegan »á persuadir de que el gobierno solo aspira á la »gloria de la paz; lo serán si los franceses quedan »convencidos de que su sangre no se ha de verter »mas que en defensa de su patria y de leyes pro-

»tectoras... De consiguiente parece indispensable á vuestra comision que á la par que el gobierno proponga las medidas mas ejecutivas para la seguridad del Estado, se suplique á S. M. que mantenga la entera y constante ejecucion de las leyes, que garantizan á los franceses los derechos de la libertad, de la seguridad, de la propiedad, y á la nacion el libre ejercicio de sus derechos políticos. Esta garantía ha parecido á vuestra comision el medio mas eficaz de restituir á los franceses el vigor necesario para su propia defensa, etc...»

A pesar de la extremada moderacion de estos pasajes el archicanciller se esforzó nuevamente para que fueran suprimidos. Mr. de Caulaincourt vino en su ayuda; mas no se pudo lograr que personas indignadas contra el régimen interior del pais se abstuvieran de una manifestacion tan mesurada, siendo la ocasion que se ofrecia para hacerla quizá la única que pudieran esperar fundadamente, pues no era probable que el gobierno que se dirigia ahora á ellos porque estaba vencido, pensara en consultarles cuando se hallaba victorioso. Esta era su legitima excusa para una manifestacion, cuya inoportunidad recaia sobre los que no les habian proporcionado mas que esta ocasion para expresar sus sentimientos, y que no les dejaban columbrar otra. A la verdad se les decia vanamente que otra vez se les oiria sobre este punto, pues no lo creian de ningun modo y obraban muy acertadamente.

A otro dia, que era el 29 de diciembre, hallándose reunido el Cuerpo legislativo en sesion secreta, Mr. Lainé leyó su informe, que fué oido con

religiosa atencion y universalmente aprobado. Terminó Mr. Lainé con el consejo de elevar un mensaje al emperador en el propio sentido. Se decidió por mayoría de doscientos veinte y tres votos de doscientos cincuenta y cuatro que el informe de la comision se imprimiria solo para los miembros del Cuerpo legislativo, á fin de que pudieran meditarlo y votar sobre el proyecto de mensaje con conocimiento de causa. Desde este instante la publicidad de las palabras de Mr. Lainé ya estaba segura, y sobre todo en el extranjero donde importaba mas que fueran desconocidas.

Inmediatamente llegaron á manos del emperador que se enojó profundamente al leerlas, y se indignó de que se le ultrajara cuando mas necesidad sentia de ser vigorosamente apoyado. Al punto juntó un consejo de gobierno, al cual fueron llamados los ministros y los grandes dignatarios. Con el tono y la actitud de un hombre, cuyo partido está ya tomado, les sometió la cuestion de si se habia de aguantar que el Cuerpo legislativo siguiera aun reunido. No solo señaló el peligro de publicar un informe como el de Mr. Lainé, sino el peligro mayor de tener cerca de sí una asamblea que en tan grave coyuntura como la de la aproximacion del enemigo, se permitiera quizá una manifestacion facciosa ó imprudente, y funesta en todos los casos. ¡Prevision desconsoladora y profunda, pues no parecia sino que, penetrando lo porvenir, leia ya Napoleon en el libro del destino su propia historia! ¡Mas prevision tardía é infecunda ya para el remedio! ¿Y á la verdad qué medio habia para horrar la existencia de este informe, despues de leido ante algunos centenares de oyentes? ¿Qué

medio de impedir que, disuelto ó aplazado, permaneciera en París el Cuerpo legislativo, pronto á reunirse espontáneamente para avanzar á los pasos mas peligrosos? ¿Cuántos cuerpos disueltos no se han hallado en el supremo instante mas temibles que si continuaran regularmente reunidos? Sea como quiera Napoleon consultó á todos los presentes acerca de si convenia prorogar el Cuerpo legislativo sin demora, ante todo para impedir que el informe de Mr. Lainé siguiera su curso, y además para evitar que continuara la legislatura, durante una guerra, cuyo teatro se podia trasladar hasta bajo los muros de la capital misma.

El archicanciller Cambaceres se opuso á esta proposicion con la sensatez de costumbre. A su decir el informe era intempestivo sin duda y hasta funesto, mas ya estaba redactado y su publicidad no podia evitarse. Se lograria estorbarla en Francia, mas no se conseguiria en el extranjero. Por otra parte, la prorogacion del Cuerpo legislativo seria un hecho mas grave que el mismo informe, pues todo el mundo se apresuraria á atribuir á este Cuerpo intenciones infinitamente mas hostiles que las de que estaba animado. En cuanto al inconveniente de su reunion durante la próxima campaña, sin duda no podia afirmar que no se cometiera imprudencia, mas tiempo habia de precaverlo en tiempo oportuno, sin anticiparlo con tan lastimosa campanada. Con efecto, despedir al Cuerpo legislativo era como proclamar la desunion de los poderes, era como proclamar cierta especie de ruptura entre el Emperador y la Francia.

Todos modelaron su lenguaje por el del archicanciller, á todos pareció el aplazamiento mas tris-

temente significativo que el mismo informe. Mas en punto á los inconvenientes de la reunion del Cuerpo legislativo durante la campaña, no habia quien se atreviera á afirmar cosa alguna, y sin embargo, sobre este punto insistia la prevision de Napoleon con mas ahinco, porque tomando su partido del mal consumado, se queria precaver contra el mal futuro, y estrechaba á los opinantes á que le ilustraran sobre la tal materia. Notando que al llegar á esta parte de su discurso tartamudeaban todos, Napoleon interrumpió el debate y lo puso fin con estas palabras decisivas y concluyentes.—Ya lo veis, hay acuerdo en cuanto á aconsejarme moderacion, pero nadie se atreve á asegurarme de que no aprovecharán los legisladores un dia desgraciado, como los que abundan en la guerra, para hacer de voluntad propia ó á instigacion de algunos intrigantes una tentativa facciosa, y yo no me puedo aventurar á esa duda. Todo es menos peligroso que una eventualidad semejante.—Sin mas firmó el decreto que fijaba para el dia siguiente, 31 de diciembre, la prorogacion del Cuerpo legislativo, y mandó al duque de Rovigo que en la imprenta y en todas partes se apoderara de las copias del informe de Mr. Lainé, informe despues tan famoso.

Llevado el decreto al Cuerpo legislativo produjo allí sensacion profunda. En un instante convirtió en enemigos á doscientos cincuenta personajes, cuyo mayor número se componia de hombres perfectamente sumisos, y que solo habian intentado manifestar un hecho verdadero y de revelacion provechosa, á saber: que la administracion local, regulando su conducta por la del gefe del Imperio, se

permitía actos los mas arbitrarios, actos tales que constituían un verdadero estado de tiranía. Entre el público aun fué la sensacion de peor efecto. Se supuso que se habian dicho las cosas mas graves en el Cuerpo legislativo y que habian tenido lugar las mas importantes revelaciones. Los enemigos que deseaban la caída del gobierno imperial, se dieron á propalar donde quiera, que el emperador se hallaba en completo desacuerdo con los poderes públicos; que se le habia querido imponer la paz; que se habia negado á ella, y que por consiguiente los torrentes de sangre que se iban á derramar, solo correrian por su causa; verdad relativamente á lo pasado, calumnia al presente, esta idea era la mas funesta que se podia hacer cundir de boca en boca.

Tal ruido que, con otro carácter que el de Napoleón, se limitara á un ruido en *El Monitor*, por efecto de su vivacidad personal tuvo aun consecuencias mas lamentables. Al dia siguiente, 4.º de enero de 1814, debia recibir al Cuerpo legislativo con las demás corporaciones del Estado, y manifestó cierta premura en convocarle, como si temiera que le faltara ocasion de desfogar la irritacion que le sofocaba. Despues de oír de boca del presidente el cumplimiento de costumbre, se colocó bruscamente en medio de los miembros del Cuerpo legislativo, y con voz vibrante y encendidos ojos, les habló en lenguaje familiar hasta la vulgaridad, pero expresivo, altanero, original, á veces verdadero, mas á menudo imprudente, como lo es la cólera en un hombre de superioridad notoria. Les dijo que les habia convocado para hacer el bien y que habian operado el mal, para manifestar la

union de Francia con su gefe, y les habia faltado tiempo para dar testimonio de su desunion; que dos batallas perdidas en Champaña no serian tan perjudiciales como lo que acababa de pasar entre ellos. Luego apostrofándoles con vehemencia, les dijo:—«¿Qué quereis?... ¿A poderaros del poder? ¿Y qué hariais despues de tenerlo? ¿Quién de vosotros es capaz de ejercitarlo? ¿Habeis olvidado la Constitución, la Legislativa, la Convencion? ¿Seriais mas felices que estas asambleas? ¿No irias todos á perecer en el cadalso como Gaudet, Ver-gniaud y Danton? ¿Y además qué necesita ahora la Francia? No oradores, no una asamblea, sino un general. ¿Lo hay entre vosotros? ¿Y luego cuál es vuestra investidura? Francia me conoce ¿os conoce acaso á vosotros?... Dos veces me ha elegido su gefe por muchos millones de votos, y á vosotros en el estrecho recinto de los departamentos os ha designado por algunos sufragios, para que vengais á votar las leyes que hago yo y no haceis vosotros. Asi busco vuestros títulos y no los hallo. *El trono en sí mismo no es mas que un ensamble de tablas forradas de terciopelo.* El trono es un hombre y ese hombre soy yo con mi voluntad, con mi carácter y con mi fama. Yo soy quien puedo salvar á Francia y no vosotros. Os quejais de abusos cometidos en la administracion; en lo que decis hay poco verdadero y mucho falso. Mr. Raynouard ha supuesto que el mariscal Massena se apoderó de la casa de un particular para establecer allí su estado mayor (suceso ocurrido en Marsella, adonde el mariscal Massena fué enviado extraordinariamente), Mr. Raynouard ha mentido. El mariscal no ha hecho mas que ocu-

»par temporalmente una casa vacante, indemnizando al propietario. No se trata así á un mariscal cargado de años y de gloria. Si tenais que elevar quejas, lo conveniente fuera aguardar otra ocasion que os brindara yo mismo, y allí con algunos de mis consejeros de Estado, quizá conmigo en persona, discutiérais vuestros agravios, y yo provejera en lo que tuviesen de fundamento. Mas la explicacion tuviera lugar entre nosotros, porque la ropa sucia no se lava en público sino en casa. Lejos de esto habeis querido tirarme lodo á la cara. Sabed que soy hombre á quien se mata, pero á quien no se ofende. Mr. Lainé es un mal hombre, que por conducto del abogado Deséze está en correspondencia con los Borbones. No le quitaré ojo y lo mismo haré con todos aquellos á quienes juzgue capaces de criminales tramas. Por lo demás yo no desconfío de vosotros en masa. Las once duodécimas partes de vosotros son excelentes, pero se dejan manejar por intrigantes. Tornad á vuestros departamentos, id á manifestar á Francia, que digasele lo que se le diga, contra ella como contra mí va la guerra, y que le toca defender, no mi persona, sino su existencia nacional. Pronto me voy á poner á la cabeza del ejército y arrojaré al enemigo fuera del territorio y celebraré la paz por mucho que cueste á lo que jamás mi ambicion; os volveré á llamar á mi lado, entonces decretaré la impresion de vuestro informe, y vosotros mismos os asombrareis de haber hablado con tal lenguaje en semejante coyuntura.»

Este discurso inconveniente, y que entre muy contados rasgos exactos contenia muchos falsos

del todo (pues si era verdad que solo Napoleon podia salvar la Francia, no lo era menos que nadie mas que él la habia comprometido, y si tal agravio de los alegados se resentia de inexacto ó exagerado, se podian citar otros muchos tan odiosos como insoportables) este discurso consternó á cuantos lo oyeron, y muy luego tuvo un eco lastimoso. Efectivamente, cada cual lo relató á su manera, y el resultado fué que Napoleon apareció á los ojos de todos como teniendo en contra á los representantes de Francia, sumisos por demás hasta entonces, esto es, á la Francia misma. Nunca la publicacion testual del informe del Cuerpo legislativo produjera tan desgraciado efecto. Allí se hubiera visto solo que en la administracion interior habia abusos, y que el Cuerpo legislativo deseaba su enmienda; se hubiera visto igualmente que el despotismo de Napoleon empezaba á pesar á la universalidad de los ciudadanos; mas sobre todo se hubiera visto que el Cuerpo legislativo anhelaba la paz; que la queria sobre la base de nuestras fronteras naturales; y que sobre este terreno aconsejaba á no retroceder al gobierno, é invitaba á Francia á levantarse de un cabo á otro. Semejante declaracion bien valia que se tolerase alguna censura, seguramente harto contemplativa, y muy por debajo de lo que pudiera ser en suma.

De todos modos habia que dirigirse á Francia, habia que probar á excitar su celo, y Napoleon, á falta de los poderes públicos mal propensos á servirle á su antojo, ideó elegir comisarios extraordinarios en el Senado, entre los personages militares ó civiles mas ilustres de cada provincia, y enviar así á cada cual á la suya, donde era de supo-

ner que tuviesen influencia, para emplear su autoridad en facilitar el sorteo de la conscripcion, la cobranza de los impuestos, las prestaciones en especie, la instruccion y la organizacion de los cuerpos, la movilizacion de los guardias nacionales, y en fin, la accion del gobierno en todo y por todo. Para atender á esta tarea debian llevar poderes extraordinarios y sin limitaciones.

Antes de su partida quiso Napoleon verles y hablarles. Se mostró conmovido, les habló con verdad y supo usar de un lenguaje de atractiva elocuencia.—No temo confesarlo, les dijo; ya he hecho de mas la guerra; habia formado proyectos grandiosos con el fin de asegurar á Francia el imperio del mundo. Me engañaba porque tales proyectos no eran proporcionados á la fuerza numérica de nuestra poblacion. Se necesitara llamarla en totalidad á las armas, y reconozco que ni los progresos del estado social ni la suavizacion de las costumbres permiten convertir á toda una nacion en un pueblo de soldados. Me toca expiar el yerro de haber contado excesivamente con mi fortuna, y lo expiaré. Haré la paz, la haré tal como lo exijan las circunstancias, y la mortificacion será para mí solo. A mí, que me he engañado, toca sufrir y de ningun modo a la Francia. Ella no ha cometido error alguno, me ha prodigado su sangre, no me ha negado ningun sacrificio... Sea, pues, suya la gloria de mis empresas, y poséala por siempre, se la cedo toda... Solo reservo para mí el honor de acreditar un valor muy costoso, el de renunciar á la ambicion mas gigantesca que ha existido nunca, y de sacrificar á la felicidad de mi pueblo las miras de grandeza que no se podrian realizar sino con

esfuerzos que no quiero pedir en adelante. Marchad, pues, señores, anunciad en vuestros departamentos que voy á celebrar la paz; que ya no reclamo la sangre de los franceses para mis designios, ni para mi persona, como hay quien se complace en divulgarlo, sino para la Francia y por la integridad de sus fronteras; que solo les pido el medio de rechazar al enemigo fuera del territorio; que se hallan invadidas Alsacia, el Franco-Condado y Navarra; que llamo á franceses en auxilio de franceses; que anhelo negociar, si bien junto á las fronteras, y no en el seno de nuestras provincias taladas por un enjambre de bárbaros. Partid y llevad la expresion de los verdaderos sentimientos que me animan á Francia.

Ante estas nobles excusas del genio confesando sus faltas, se apoderó cierta especie de entusiasmo de aquellos ancianos personajes, enviados á las provincias para ver de reanimar los corazones abatidos: rodearon á Napoleon, le estrecharon las manos, para expresar la profunda emocion de que estaban poseidos, y la mayor parte le dejaron para ponerse en camino al punto. ¡Ah! ¿Por qué no dirigia tambien estas palabras al Cuerpo legislativo? Asi palpara que la verdad es el medio mas poderoso de influir sobre los hombres, y quizá lejos de creerse obligado á despedir este cuerpo, le viera levantarse en masa para cubrir su voz de aplausos y para llamar á Francia á seguirle sobre los campos de batalla.

De instante en instante se hacia la situacion mas amenazadora, y urgia enviar presurosamente todas las fuerzas de la nacion delante del enemigo. Por todas partes cruzaban los ejércitos aliados nuestras fronteras. El general Bubna, que iba á

vanguardia, despues de seguir á lo largo del respaldo del Jura, se encaminó hácia Ginebra, donde apenas habia algunos conscritos para resistir á los austriacos y contener á una poblacion descontenta. Habiendo muerto de repente el general Jordy, que mandaba en Ginebra, y no estando organizada la defensa, los austriacos entraron en esta ciudad sin disparar un tiro. Depues de rebasar á Berna los generales Colloredo y Mauricio Liechtenstein con las divisiones ligeras y las reservas austriacas, se encaminaron á Pontarlier con el designio de marchar por Dole sobre Auxona. Pasando igualmente el cuerpo de Luis de Liechtenstein por Pontarlier se debia dirigir sobre Besanzon para ocupar esta plaza, mientras cruzando el general Giulay el Posentruy, se debia trasladar por Montbeliard á Vesoul. Con los bávaros y wurtembergueses el mariscal de Wrede echó bombas dentro de Huninga, atacó á Befort, y con su caballería practicaba reconocimientos á la parte de Colmar. El principe de Wittgenstein bloqueaba á Estrasburgo y á Keht; las guardias rusa y prusiana permanecian en Basilea alrededor de los soberanos aliados. Tal era la distribucion del ejército del principe de Schwarzenberg despues del paso del Rhin. Su proyecto, despues de trasponer el Jura y de rebasar todas nuestras defensas, consistia en avanzar al frente de ciento sesenta mil hombres del antiguo ejército de Bohemia por medio del Franco-Condado, para irse á situar sobre las elevadas colinas de la Borgoña y de la Champaña, desde donde corren hácia Paris el Aube, el Marne y el Sena, mientras que el antiguo ejército de Silesia, mandado por Blucher y de fuerza de sesenta mil hombres, que á la sazón

pasaba el Rhin por Maguncia, se adelantara por entre nuestras plazas sin embestirlas, dejando á las tropas quedadas atrás la tarea de bloquearlas. Sobre el alto Marne se debian reunir los dos ejércitos entre Chaumont y Langres, para trasladarse en masa al ángulo formado por el Marne y el Sena. Con efecto, el 1.º de enero de 1814 pasó Blucher el Rhin por tres puntos, por Manheim, por Maguncia y por Coblentza, sin hallar mas resistencia que el grande ejército del principe de Schwarzenberg á lo largo del Jura, y así por todos lados á la vez habia caido el prestigio de la inviolabilidad de nuestro territorio.

Verdaderamente en el estado actual de nuestras fuerzas nos era muy difícil oponer resistencia alguna á semejante masa de invasores, a lo largo de la frontera del Jura, por donde no se esperaba el ataque, no habia ninguna reunion de tropas, solo el mariscal Mortier, enviado al principio á Bélgica con la Vieja Guardia, retrocedia á marchas forzadas del Norte al Este por Reims, Chalons, Chaumont y Langres. Hácia la frontera de Alsacia se hallaba el mariscal Victor con el segundo cuerpo de infantería y el quinto de caballería en Estrasburgo, donde apenas tuvo tiempo de dar algo de descanso á sus tropas y de reunir algunos conscritos. Este cuerpo que, allegando todos los depósitos establecidos en Alsacia, debiera componer treinta y seis batallones y tres divisiones, despues de recoger á toda prisa los primeros conscritos disponibles, no contaba mas de ocho á nueve mil hombres de infantería, mal armados y no mejor vestidos. La necesidad de llevar nuestros depósitos mas á la espalda dificultó aun mas este reclu-